

## Nicaragua: un paradigma histórico

Oscar WINGARTZ PLATA\*

*El hombre es, pues, un ser histórico y, por ello, ninguno de sus rasgos esenciales puede ser fijado de una vez y para siempre, como rasgo constante e inmutable de los hombres en todos los tiempos y en todas las sociedades. El hombre es un ser consciente, práctico, social pero todo ello en un movimiento histórico que no tiene fin y en el curso del cual se produce a sí mismo y se autorrealiza*

Adolfo Sánchez Vázquez<sup>1</sup>

### Introducción

UNA DE LAS CUALIDADES CENTRALES DE LA HISTORIA es que se pueden recuperar momentos, fases, procesos y periodos que se constituyeron o se están constituyendo en movimientos históricos en el sentido fuerte y preciso del término. De un tiempo para acá se ha dado la compulsión de querer ver todo como “histórico”, lo que ha llevado a la trivialización y al simplismo de lo histórico, lo cual es exagerado, desmesurado y, en consecuencia, falso. Retomando esta idea, es pertinente decir que el presente trabajo es ante todo una propuesta interpretativa sobre un proceso que desde mi punto de vista todavía requiere mayor estudio, tratamiento, dedicación, rigor y análisis cuidadoso; y me refiero a la historia contemporánea de Nicaragua con sus luces y sus sombras. Por ello considero que esta historia reciente nos pone ante un paradigma histórico: son contadas las ocasiones en las que uno puede ver en un mismo espacio una cantidad impresionante de acontecimientos y fenómenos que a los ojos del resto pueden cobrar tonos, contenidos, sentidos, significaciones y consideraciones de diverso rango y peso, no sólo de orden teórico o analítico sino, sobre todo, de orden vivencial. Para nadie debe ser un misterio que el vivir y participar en un proceso de la envergadura y magnitud de una revolución social y su fase posterior no es cosa menor, es un aconteci-

\* Profesor en la Facultad de Filosofía de la Universidad Autónoma de Querétaro (UAQ), México. E-mail: <oscarwgz\_2000@yahoo.com>

<sup>1</sup> Adolfo Sánchez Vázquez, *El joven Marx: los manuscritos de 1844*, México, FFLU/UNAM/La Jornada/Itaca, 2003, p. 246

miento que en muchos sentidos nos rebasa y coloca ante situaciones límite como el preguntarse por el sentido mismo de lo cotidiano, de la vida, de la existencia.

Es razonable decir que el aventurarse en un intento como el que planteo puede tener implicaciones, entre otras tantas razones porque no todos ven los procesos y los fenómenos desde el mismo ángulo o bajo las mismas coordenadas teóricas, conceptuales, existenciales o de clase. Es decir, ante un mismo fenómeno la pluralidad interpretativa se muestra como una condición objetiva del mismo y, por tanto, como necesaria. Este dato no nos debe molestar ni desubicar, porque es la *conditio sine qua non* de la historia misma. Esto es, el proceso histórico se nutre, se alimenta de esta condición, porque si no fuera de esa manera, la historia misma sería plana, chata, sin mayor relevancia que lo sucedido. Al respecto retomaría un planteamiento del eminente filósofo mexicano Adolfo Sánchez Vázquez sobre el contenido que guarda la propia naturaleza del hombre y de la historia, y con la que concuerdo plenamente al decir que:

El hombre es igualmente un ser consciente, pero la conciencia que tiene de su actividad, de sus productos y de las relaciones con los demás adopta formas histórico-concretas, como las que adopta en el obrero cuando su trabajo reviste el carácter de trabajo enajenado, o en la conciencia ordinaria que, en la sociedad enajenada, sólo puede ver al hombre como creación divina.<sup>2</sup>

Esta afirmación concuerda con lo que se viene comentando, es decir, las formas o las maneras en que nos ubicamos ante los fenómenos históricos nos hacen ver con absoluta claridad cuál es nuestra procedencia social, ideológica y teórica. Porque nosotros mismos somos producto de esas formas histórico-concretas que nos definen e identifican, todo esto tiene como contrapartida que esas mismas formas pueden y llegan a cobrar un carácter enajenante y mistificador, como considerar que no hay más historia o más interpretación de ella, que a partir de un solo y único patrón como fue el caso de la concepción occidentalizante impuesta por Hegel, al decir que “los únicos pueblos que merecen ser sujetos de la historia, son aquellos que han llegado a la cumbre de su autorreflexión como sociedades, es decir, todos aquellos que tienen filosofía propia. Los demás son objetos de la naturaleza, simple y llanamente”.<sup>3</sup> Propongo estos elementos previos a mi exposición, porque es precisamente a partir de

<sup>2</sup> *Ibid.*

<sup>3</sup> Leopoldo Zea, *Discurso desde la marginación y la barbarie*, Barcelona. Anthropos 1988, p. 226

ellos que considero nos podemos acercar con mayor cuidado a los fenómenos que deseamos estudiar y analizar, sin caer en los excesos ni en las mistificaciones; y más, si son procesos que tienen cierta cercanía con nuestro propio tiempo cronológico.

En consecuencia, se puede afirmar que la historia reciente de Nicaragua es de esos casos excepcionales que nos permiten ir estudiando, profundizando y analizando cómo se va desarrollando y conformando una historia intensa y abigarrada por los acontecimientos que contempló y contempla e iniciar un estudio más amplio donde se puedan entresacar sus “lecciones” y alcances; y sólo por mencionar algunos elementos que son más bien referenciales enumeraré los siguientes: el pasar de una prolongada dictadura, con características cuasi hereditarias, donde una de sus notas fundamentales era “una gobernabilidad de hacienda” es decir, donde el señor o el “patrón” era dueño de vida y muerte, y de ahí a una insurrección popular que se constituye en una revolución social con un claro contenido de clase, o pretendiendo que fuera así. Continuando con una contrarrevolución auspiciada, patrocinada y encabezada por un personaje que gracias a los tiempos ya desapareció del mapa, me refiero al fanático, tenebroso, ignorante y maniaco Ronald Reagan: dicha contrarrevolución significó para la población nicaragüense un desgaste y una sangría impresionante, no sólo en términos humanos, sino también materiales, hasta el punto en que la misma revolución terminó por rendirse. Y dentro de este somero recuento, un traspaso de poder vía unas elecciones presidenciales inéditas, en cuanto que se tomó el poder por las armas y por la vía electoral e entrega ese poder obtenido en la lucha popular. Por eso afirmo que, en una primera aproximación, la experiencia nicaragüense ha llegado a constituirse en un *paradigma histórico* de gran envergadura. Esta afirmación la fundamento en las diversas experiencias que a nivel latinoamericano hemos vivido: la mexicana, la boliviana, la cubana, la guatemalteca, la salvadoreña; y así podemos hacer una larga lista, donde algunas han estado en la posibilidad de acceder al poder; y otras, simplemente se quedaron en el umbral como esbozo y aproximación como la guatemalteca y la salvadoreña. El no querer verlo así, soslayarlo, o simularlo es materia de otra discusión.

El presente trabajo se divide en dos partes: una se refiere a los elementos más de orden macro, es decir, el contexto en que se desarrolló esta historia, donde la injerencia norteamericana fue fundamental por las implicaciones que tuvo para la revolución nicaragüense y su desenlace final; y otra que va más en el orden interno, el proponer una interpretación sobre el proceso en sí mismo con sus virtudes y contradicciones.

### 1. *La estrategia de la guerra y Nicaragua*

COMO ya se había comentado en la introducción, la revolución nicaragüense se fue desarrollando dentro de un complejo y abigarrado contexto por el número de acontecimientos que se fueron dando en torno a ella. Uno de los elementos centrales de esta discusión fue la participación e intervención no tan velada por parte de Estados Unidos, no sólo en Nicaragua, sino en toda la región centroamericana; y donde su actuación definió de forma sustancial el curso de los acontecimientos en contra de la revolución y sus posibles alcances. En este orden, se debe decir que las políticas puestas en práctica por Estados Unidos en su carácter global, y específicamente en el orden regional siempre han estado en consonancia con su geopolítica y con la función estratégica que cobra o puede cobrar para sus intereses. Un ejemplo claro y manifiesto de lo anterior es y ha sido América Latina, región a la que históricamente se le ha marcado la pauta y sus respectivas “políticas” por parte de la nación del norte, que sin ningún miramiento y consideración ética o histórica ha decidido lo que debe pasar en esta parte del planeta. En este orden, también es del dominio público que Estados Unidos es un verdadero hampón internacional, al no respetar el derecho internacional y las leyes respectivas en esa materia en dos casos concretos: Nicaragua e Iraq. En estos casos, Estados Unidos pasó olímpicamente por encima de todo organismo de mediación e impuso su voluntad y acciones como lo “conducente y correcto”, bajo el pseudo pretexto “democrático”. En este punto quiero matizar lo siguiente: la temática en cuestión no ha estado libre de interferencias, obstáculos, distorsiones y malos entendidos; y más bien ha sido proclive o susceptible a la confrontación y al tratamiento álgido. Es decir, no ha sido nada sencillo conjugar soberanía con imposición; y más si lo vemos con los últimos acontecimientos a escala mundial que se han dado. Al respecto cabe muy bien una cita de Heinz Dieterich explícita y contundente en relación con el acercamiento o las formas en que analizamos nuestros procesos:

El análisis riguroso de nuestras sociedades [...] presenta una radiografía del proceso histórico de los últimos setenta años, que nos permite entender las grandes líneas del desarrollo futuro de la sociedad mundial [en nuestro caso, regional] y de sus mayorías martirizadas. Estas mayorías no tienen nada que esperar del capitalismo, que las ha excluido durante doscientos años y las excluirá hasta el resto de su vida, porque el capitalismo es, por naturaleza, elitista.<sup>4</sup>

<sup>4</sup> Noam Chomsky y Heinz Dieterich, *Los vencedores una ironía de la vida*, México, Joaquín Mortiz, 1997, p. 9.

Las “políticas” a las que me estoy refiriendo han tenido un claro contenido, y se han expresado en función de la coyuntura, pero en esencia han permanecido intactas y tienen como trasfondo la famosa Doctrina Monroe, que es el “manifiesto imperialista” de Estados Unidos, que en primera instancia se suponía era para el continente, pero al parecer ya es para el mundo por el carácter plenamente globalizado que ha cobrado el capital a nivel internacional. Por ser ellos o considerarse a sí mismos como la vanguardia del capitalismo, es decir, el capitalismo está en una fase más refinada de su propio desarrollo que, dicho sea de paso, muestra su rostro más crudo, más desgarrador y preocupante, como diría Heinz Dieterich.

La geopolítica norteamericana se vio fuertemente cuestionada con el triunfo de la revolución nicaragüense, que sin temor a exagerar se constituyó en la prioridad del gobierno reaganiano a escala mundial. Este evento modificó en muchos sentidos su política hacia el continente: entre otros aspectos, le urgía retomar “el control” sobre el área centroamericana y, porque sus coordenadas políticas, sociales e ideológicas, al menos durante esa coyuntura, lo habían puesto a la defensiva, sobre todo a nivel diplomático, recordar sobre el particular la condena que le aplicó la Corte Internacional de La Haya a Estados Unidos por gastos de reparación a Nicaragua, punto que en fecha reciente el padre Miguel D’Escoto comentó a propósito de la muerte de Ronald Reagan.<sup>5</sup> Por cierto, la definición que Centroamérica y el Caribe merecían para el gobierno estadounidense era la de “una región con problemas y situaciones de bajo perfil”, fácilmente manejables para los intereses norteamericanos.

Dentro del amplio espectro que mostró la Revolución Sandinista, la política norteamericana fue, en términos generales, errática y contradictoria por la emergencia de una serie de factores “impredecibles” a escala internacional. Ante esta situación y a fin de “recuperar la iniciativa” político-ideológica y diplomática, desde el gobierno de James Carter se impulsó una doble línea de acción: *a)* la defensa de los derechos humanos y *b)* la promoción de los procesos de democratización en América Latina, con el objetivo primordial de garantizar la estabilidad regional y apoyar la constitución de gobiernos civiles.

Para poner en práctica esa estrategia se echó mano de una medida de disuasión que fue la suspensión de la ayuda económica y militar a Nicaragua, y se inició una política tendiente a mediatizar y neutralizar el conflicto, que para ese momento ya comenzaba a cobrar visos de una auténtica situación

<sup>5</sup> Miguel D’Escoto, “Reagan fue el carnicero de mi pueblo”, *La Jornada* (México), 11-vi-04

revolucionaria.<sup>6</sup> “La lógica” norteamericana apuntaba hacia una “salida pacífica y democrática”. Ante el inminente derrumbe de la dictadura somocista, esta salida se veía como la negociación entre la burguesía y la misma dictadura con el propósito explícito de cerrarle el paso al movimiento popular dirigido por el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) en el plano político-militar. El resultado de esa “lógica” fue un rotundo fracaso, entre otras razones, porque el mismo Anastasio Somoza se negó sistemáticamente a pactar con la oposición, misma que se vio reforzada por la actitud de los países latinoamericanos al rechazar la iniciativa norteamericana de crear una fuerza interamericana de paz para Nicaragua.<sup>7</sup> El fin de esta coyuntura fue el triunfo del movimiento revolucionario; y la respuesta por parte del gobierno norteamericano ante el desafío que le presentaba una revolución triunfante fue reintegrar los aspectos estratégicos y de seguridad militar en el manejo de las relaciones diplomáticas y del intercambio económico.

En este esquema, los elementos de orden militar fueron adquiriendo mayor peso y relevancia, no sólo para Nicaragua, sino para toda el área. Se trataba de definir y asegurar los mecanismos básicos que sirvieran para la estabilización económica y política de la región para garantizar los intereses norteamericanos al precio que fuera necesario. Pero era evidente que el precio a pagar lo tenían que aportar los respectivos países, en colusión con los gobiernos y sus oligarquías: “la cuota tenía que ser puesta por los respectivos pueblos, sin importar su condición o situación concreta”. Los ejemplos abundan al respecto, y algunos parecen más bien chistes de mal gusto, por no extremar la adjetivación.

Con la llegada de Reagan a la Casa Blanca se da una plena definición ideológica de las políticas de Estados Unidos hacia Centroamérica y el Caribe, región esta última donde se estructurarán los mecanismos para contrarrestar la ola revolucionaria impulsada por la revolución nicaragüense. Hay que recordar la llegada al poder de Maurice Bishop y el Partido Nueva Joya en Granada. Supuestamente con estos sucesos habría un alineamiento irrestricto de Nicaragua al “Bloque Comunista”.

Con ello se trataba de recuperar la hegemonía perdida durante los años de la distensión y la Guerra Fría. A su vez, lo que se pretendía, según el gobierno norteamericano, era contener y enfrentar “el expansionismo soviético”, exitoso en las últimas décadas en el conjunto del llamado Tercer Mundo. Todo se irá consiguiendo desde una posición de fuerza, a la vez

<sup>6</sup> Lucrecia Lozano y Raúl Benítez, “De la contención pasiva a la guerra de baja intensidad en Nicaragua”, *Cuadernos políticos* (México), núm. 47 (julio-septiembre, 1986).

<sup>7</sup> Jorge Castañeda, “¿Qué hacemos en Centroamérica?”, *Nexos* (México), núm. 94 (octubre de 1985), p. 21.

que conteniendo y enfrentando al “avance del comunismo”. Estos elementos en sentido estricto, constituyeron los fundamentos de la política exterior global del gobierno reaganiano. ¿Cómo se entendía esta política? La región centroamericana serviría de “prueba” para la puesta en práctica de esta estrategia global, en el cual el Tercer Mundo tomaba el papel de área clave de la geopolítica en su conjunto. La interpretación que hacía la administración Reagan fue la de ir “puliendo” su política hacia Centroamérica y en particular hacia Nicaragua y El Salvador. El fundamento de todo esto está articulado en el famoso *Documento de Santa Fe*,<sup>8</sup> elaborado durante su campaña electoral; y guía y matriz ideológica de la política estadounidense, en el cual no sólo se esboza la “Doctrina de contención al comunismo”, sino que se establece la concepción de que los conflictos en la subregión se insertaban en la confrontación Este-Oeste.

Al interior de toda esta estrategia se pone en práctica la “Regionalización restringida de la crisis”, o la también llamada “centroamericanización del conflicto”, donde Nicaragua y El Salvador eran vistos por igual y se proponía una solución militar simultánea para ambos países. La “centroamericanización del conflicto” tuvo como consecuencia directa el incremento de la ayuda y asesoría militar a los “regímenes amigos”, es decir, Guatemala, Honduras, El Salvador y Costa Rica, y la idea de establecer una estrecha colaboración entre sus gobiernos y sus fuerzas armadas.<sup>9</sup> Otra de las consecuencias fue revivir el Consejo de Defensa Centroamericana (CONDECA). El resultado final de esta política fue la intensificación de las agresiones contra los países considerados enemigos, mediante la ejecución de acciones encubiertas, la desestabilización y las presiones militares,<sup>10</sup> así como la ampliación de las sanciones comerciales y diplomáticas. Éstos son algunos de los elementos que propongo como telón de fondo de esta historia que, como muchas otras, ha tenido un desenlace conflictivo y desgarrador. Porque si hay algo que tenemos por delante, es precisamente el estudiar y analizar nuestros procesos con todo rigor y profundidad, como ya se ha mencionado.

## 2. ¿Dónde quedó la esperanza?

NICARAGUA muestra, como pocos países, una historia compleja y paradójica que nos invita a estudiarla, entenderla y analizarla con interés y profundidad. Por ello, en esta parte de la exposición deseo proponer

<sup>8</sup> “Estados Unidos: perspectiva latinoamericana”, *Cuadernos Semestrales* (México CIDE), núm. 9 (primer semestre, 1981).

<sup>9</sup> Luis Maira, *La política de Reagan y la crisis centroamericana*, San José, EDUCA, 1982.

<sup>10</sup> Gregorio Selser, *Honduras, república alquilada*, México, MEX-SUR, 1983.

serie de reflexiones que intentan ser un aporte a la comprensión de su desarrollo reciente que, dicho sea de paso, ha tenido de todo y que en muchos aspectos se muestra como confuso, contradictorio, inasible y nebuloso. Inicio con una cita de Sergio Ramírez que dice:

Una de las herencias indelebles de la Revolución, más allá de los espejismos ideológicos que entonces nos deslumbraron, de los excesos burocráticos y de las carencias del marxismo practicante, de las inexperiencias y de las improvisaciones, de las poses, las imitaciones y la retórica. Los pobres siguen siendo la huella humanista del proyecto que se fue despedazando por el camino, en su viaje desde las catacumbas hasta la pérdida del poder y la catástrofe ética, un sentimiento soterrado y postergado, pero vivo y a la espera de expresarse nuevamente <sup>11</sup>

Para amplios sectores de la sociedad nicaragüense, la revolución significó una esperanza, un acercamiento, un intento de ver cumplidas sus aspiraciones y sus sueños de justicia e igualdad. Esta aspiración, como muchas otras, siempre va acompañada de sus costos históricos y sociales; y para el caso que estamos tratando significó embarcarse en una experiencia que tuvo, como ya se ha mencionado, una fuerte dosis de paradojas o flagrantes contradicciones; algunas de ellas fueron las declaraciones del ex presidente Daniel Ortega al inicio de su última campaña electoral en Puerto Cabezas cuando afirmó que “la revolución no tenía viabilidad”. Honestamente esta declaración es para quedarse perplejo.

Este vasto proceso colmó en un primer momento los anhelos de miles de nicaragüenses que habían esperado su desenlace en una nueva realidad histórica y social. La revolución transformó a sus protagonistas de manera consecuente y muchos de los cambios se expresaron en la actitud, en la forma de ver la vida, el mundo, a su país, al tratar de crear la identidad y la dignidad nacionales, y darle un contenido nuevo y diferente a la lucha de liberación y al pueblo. Todo este bagaje se había perdido por efecto de una prolongada dictadura que los había envilecido y despojado de esos valores.

Con esos valores también se pretendió generar otros más, como la generosidad, la solidaridad, el desprendimiento, así como el forjar una nueva generación de hombres y mujeres que se entregaban a esta experiencia de manera plena, y a la que le apostaron todo porque tenían puestas sus esperanzas en ella. También es de absoluta consecuencia que en procesos de tal envergadura, constantemente se vayan expresando y

<sup>11</sup> Sergio Ramírez, *Adiós muchachos una memoria de la Revolución Sandinista*, México, Aguilar, 1999, p. 225

revelando virtudes, deficiencias, limitaciones, a la vez que flagrantes contradicciones en su desarrollo y consolidación. A la vuelta de una década la revolución entrega el poder y con ello se inicia una nueva etapa de esta historia que, entre otros aspectos, deja una secuela impresionante de heridas materiales y sociales, de pobreza y de confrontación ideológico-social, que en muchos sentidos está todavía presente en la sociedad nicaragüense.

La desilusión y el desencanto más profundo que vivió la generación de la revolución fue que al tomar el poder trató de crear un nuevo orden y buscó por todos los medios la materialización de esos anhelos y proyectos para que la población viviera en carne propia los frutos y logros de la misma. Esa situación creó el espejismo de que todo era posible. A la vuelta de los años, se tuvo que dar cuenta que no era así y que el sueño de hacer concretas las promesas de justicia a los pobres y oprimidos sólo era posible a medias. Por otro lado, dejó una lección que vista desde múltiples ángulos resulta incomprensible: el ejercicio democrático los llevó a la pérdida del poder en febrero de 1990; y todavía más, tuvieron que entregar el poder a la clase que, con el apoyo incondicional de Estados Unidos, los confeccionó y montó una guerra civil hasta ahogarlos material y espiritualmente.

Éta es, quizá, una de las lecciones más impactantes de esta revolución, otras han pasado inadvertidas, y otras más exigen su real y cabal cumplimiento. En relación con este punto, hay una afirmación de Marx que considero puede cobrar la fuerza de una ley histórica: "La humanidad se propone siempre y únicamente los objetivos que puede alcanzar, pues, bien vistas las cosas, siempre esos objetivos son posibles o por lo menos, se están gestando las condiciones materiales para su realización".<sup>12</sup> A partir de estas primeras ideas es que podemos entender y valorar con mayor precisión nuestros procesos de construcción de sociedades cualitativamente diferentes con todas sus determinaciones y complejidades que en el caso que estamos planteando fueron de orden múltiple.

Un punto que es fundamental en estas consideraciones es que ni la sola conciencia, ni el ánimo, ni la sola voluntad pueden suplantar o anular las condiciones materiales de existencia de una sociedad. Se requiere de logros tangibles, concretos, claros, porque de lo contrario se va desgastando el ánimo y la energía entregada. Este dato en sí mismo es contundente porque se ha llegado a pensar o a creer que la sola retórica suplanta la realidad o las condiciones de adversidad que puedan revelar o ir revelando

<sup>12</sup> Carlos Marx y Federico Engels, "Prólogo de la contribución a la Crítica de la Economía Política", en *Obras escogidas*, Madrid, Fundamentos, 1997, tomo I, p. 374

al interior de un proceso como el que se está exponiendo. Las transformaciones sociales de tal envergadura requieren forzosamente de su materialización como decía Marx en tomo a los objetivos que se propone una sociedad históricamente determinada.

En consecuencia, se puede afirmar que la Revolución Sandinista, y con ella el sandinismo en su conjunto, entraron en crisis mucho antes de la pérdida del poder. Esta historia ha tenido claroscuros, indefiniciones y bandazos muy marcados y violentos, sobre todo para los sectores sociales que han sido considerados su base social. Esta crisis se ha visto abonada por una serie de incidentes y coyunturas que, en definitiva, significaron la derrota electoral y el consiguiente colapso. Todos estos eventos han significado para la revolución ir otorgando espacios a la llamada restauración conservadora, lo que ha implicado rupturas y desencuentros dolorosos y profundos para el sandinismo y el movimiento popular. Donde mucha de su base ha tenido la sensación de abandono y orfandad; y de ahí un sentimiento de desesperanza que tiene que ser superado y, a partir de ello, rehacer mucho del camino, empezando con la recuperación y rearticulación de la esperanza dejada o aplazada durante esta travesía. Algunos de los factores que confluieron para dar como resultado la crisis actual fueron los siguientes: *a)* el derrumbe del campo socialista, el rompimiento ideológico del marxismo, esto es, la pérdida de horizonte histórico, lo que también significa la pérdida de *Weltanschauung*, y con ella la ruptura de las coordenadas sociohistóricas en las que se había estructurado el movimiento revolucionario y; *b)* la recomposición del capitalismo a escala mundial expresada en el supuesto modelo único de desarrollo económico-social y en la generación de la riqueza, expresado en el neoliberalismo. Es decir, la batalla en términos económicos y estratégicos fue perdida en esta fase por el campo socialista, y con él arrastró a todos los países que, de una u otra forma se inscribían en dicho campo o esfera.

Por otra parte, esto generó en ciertos sectores del sandinismo incapacidad e imposibilidad para rearticularse en función de las nuevas exigencias históricas y sociales. En términos muy concretos esto ha significado una brega ardua y enconada dentro del movimiento revolucionario, sobre todo para los sectores más críticos del sandinismo que los dejó desarmados, sin ánimo ni ideales para retomar la lucha social. Entre otros muchos factores hay uno que ha pesado como lápida que aprisiona. éste es, la avalancha neoliberal que ha arrasado con todo lo que se le ha puesto a su paso. No es fortuito ni casual que muchos de los movimientos y sus posibilidades de reestructuración, resurgimiento o

recomposición, al menos en nuestro contexto, hayan tenido que dar paso a una serie de “estrategias”, que más que nada han significado retrocesos y, en algunos casos, estruendosas claudicaciones. Esto también puede ser visto como involuciones difícilmente reversibles, hasta que venga una nueva oleada que contenga valores, objetivos y programas renovados y alternativos capaces de superar la actual fase histórica.

Este panorama, y la restauración conservadora en marcha, ha implicado una serie de cuestionamientos críticos y agudos para los sectores progresistas de diverso cuño a nivel continental, entre ellos el FSLN, que ha tenido que plantearse seria y profundamente cuál debe ser su proceder como organización política en los diversos niveles y escenarios. En la actual coyuntura se le plantea como una prioridad ineludible e insoslayable la recuperación de los principios que le dieron origen y fundamento; y entre otros tantos, la igualdad, la solidaridad, la justicia social, la búsqueda de la equidad. Es a partir de este punto que la izquierda, si es que se puede hablar en esos términos, requiere, entre otros tantos elementos, de un proyecto político-social de largo aliento para articular y llevar adelante las propuestas de renovación y transformación social, siempre prometidas y siempre medio cumplidas o incumplidas.

Un aspecto digno de mención en esta propuesta es el tema de la democracia como afirmara Ruy Mauro Marini: “La lucha por la democracia es la lucha contra la dominación y la explotación de muchos, por unos cuantos, es la lucha por un orden social que tienda a la justicia y a la igualdad, es en suma [...] la lucha por el socialismo sin adjetivos”.<sup>13</sup> Lo que se desea enfatizar es lo siguiente: la lucha por la democracia, o más, la lucha por la consolidación democrática, todavía tiene entre nosotros un largo trecho por andar. Sobre todo si tomamos en cuenta que su puesta en práctica no pasa por una concepción unívoca de la misma, o que se constituya por su sola enunciación en una idea y en una práctica universalmente aceptada y practicada en cualquier tiempo y lugar de la misma forma. Esto es, su noción y su práctica no tiene una sola y exclusiva dirección, ni siquiera en el orden semántico. Al respecto Edelberto Torres dirá:

La transición si así puede hablarse, constituye en consecuencia un largo proceso de luchas que se exacerban desde 1975-1977, y significaron enfrentamientos armados, violencia estatal, así como respuestas populares de diverso alcance [...] La guerra civil se convirtió en una de las modalidades de la

<sup>13</sup> Ruy Mauro Marini, *América Latina democracia e integración*, Caracas, Nueva Sociedad, 1993, p. 12.

transición a la democracia. La victoria del sandinismo es parte de esa búsqueda. Todo esto tiene consecuencias decisivas para el cambio que se busca, sobre todo, el de saber si de la guerra puede resultar la democracia.<sup>14</sup>

Este punto desde diversos ángulos es nodal si queremos apropiarnos de una visión más clara y más amplia de los problemas que hemos padecido y por los que hemos pasado.

Se hace mención a este punto porque se ha ido imponiendo una "nueva forma de conducción política" que los tecnócratas y los regímenes conservadores han dado en llamar, eufemísticamente, "modernización". Un término demasiado ampuloso para los reales propósitos y los alcances que se pretenden, y ha implicado sobre los hechos una exaltación exacerbada del individualismo, en forma por demás desmesurada y altanera. Apelando a una noción de "ciudadano" en abstracto, donde la organización social y popular es vista como una reminiscencia del pasado; y que en esencia se le considera obsoleta, inoperante, violenta y autoritaria. Esto es lo que se ha pretendido en la práctica: dejar a merced del Estado al supuesto "ciudadano", sin posibilidades reales de intervención en la gestión pública. Todo esto en "aras de la modernidad". Ésta es la modernidad de los tecnócratas, es decir, la suya, la que propagandizan como modelo único a seguir. Para estos "ideólogos" no hay más tierra que la que ellos se han confeccionado. En torno a estos planteamientos es que se ha movido mucha de nuestra problemática histórica.

En relación con la situación nicaragüense, se ha pretendido crear un "nuevo pacto social" partiendo de una perspectiva diametralmente opuesta a la que trató de instaurar la revolución. Quitarle peso político, social y económico a las organizaciones sociales de diverso rango y presencia; y de ahí instrumentar su poder sin contrapesos, ni conflictos, ni confrontaciones.

En este sentido, uno de los saldos más amargos de esta coyuntura han sido precisamente las alianzas entre el gobierno y la dirección sandinista y que han dejado como resultado la atomización, la desmoralización y el desmantelamiento de la lucha social, así como la imposición de una correlación de fuerzas francamente desfavorable para los intereses populares. Por ello, y retomando lo que en líneas más arriba ya se mencionaba acerca de la dimensión ética en el quehacer político, es muy complejo impulsar un proyecto social de gran envergadura y profundidad histórica. Esto quiere decir, en otros términos, rehacer el camino, lo cual

<sup>14</sup> Edelberto Torres-Rivas, "Centroamérica: la transición autoritaria hacia la democracia" en Lorenzo Mayer, ed., *Los sistemas políticos en América Latina: teoría y práctica*, 2a ed. México, Siglo XXI, 1992 (*Biblioteca América Latina*), p. 353

no debe significar la imposición de consignas, ni tampoco el panfletarismo, ni el uso desmedido de la retórica como instrumento de lucha, o el pretender entrar en un activismo frenético. Se trata de ir creando las condiciones y las bases orgánicas de un movimiento social de largo aliento con propuestas sólidas y serias, que articulen la dimensión ética con la política, buscando siempre la superación de las contradicciones históricas y el logro del sueño más anhelado, la construcción de una sociedad cualitativamente diferente.

### *A manera de conclusión*

No pretendo extenderme innecesariamente ya que esta temática y sus contenidos dan para una reflexión más amplia y profunda. Aquí he deseado establecer únicamente algunas de las líneas generales de la misma. El reflujo político, social e ideológico no es o no debe ser visto como el abandono de la tradición de lucha de nuestros pueblos, sino más bien, como el reacomodo a la coyuntura y al momento que se está viviendo. Esto también implica estudiar con mayor rigor, cuidado y profundidad nuestros procesos. Porque el momento que atravesamos así lo exige y lo demanda. Sobre todo para no caer en espejismos, falsas ilusiones y, lo más doloroso, no luchar de manera desigual y a contracorriente, que al menos en lo personal es caminar en contra de la esperanza desatada y a contra flujo de las expectativas sociales. Concluyo este artículo con una cita propia que considero retoma en muchos sentidos lo propuesto:

En un ambiente de desmoralización política, social y espiritual, y de decadencia moral, bajo las actuales circunstancias históricas, las fuerzas populares y progresistas no deben provocar un enfrentamiento con la derecha, y menos en esta coyuntura donde su correlación les es desfavorable, sobre todo, tomando en cuenta que se está viviendo el ascenso de la reacción.<sup>15</sup>

<sup>15</sup> Oscar Wingartz Plata, *Nicaragua ante su historia (¿esperanza o frustración?)*, Querétaro, Universidad Autónoma de Querétaro, 2003 (*Serie Humanidades*), p. 27